



Prosista poético: la faceta olvidada de Bécquer

A pesar de que hoy en día Gustavo Adolfo Bécquer es popular por ser, probablemente, el mejor poeta posromántico español, en vida fue conocido más como periodista que como poeta. En 1860 comienza su actividad periodística, publicó desde crónicas y reseñas hasta artículos de costumbres y leyendas. Escribió para revistas y periódicos madrileños como: El Museo Universal, La Ilustración de Madrid, El Contemporáneo y Correo de la Moda.

Nunca publicó sus Rimas y Leyendas como una obra conjunta. Fue después de su temprana muerte, a los 34 años, que sus amigos se encargaron de recopilarlo todo y publicarlo.

Su prosa no es tan reconocida como su poesía y, aunque algunos se decanten por la supremacía de uno de los dos géneros, me parece, en cualquier caso, una determinación demasiado arriesgada y atrevida. De lo que sí estoy segura es de que están más relacionadas entre sí de lo que puede parecer a simple vista: su prosa tiene mucho de poesía. Para empezar, no le da tanta relevancia al desarrollo de la acción ni a las narraciones, sino a detallar

el medio, los lugares, y reflejar las sensaciones que provocan en los personajes. Se centra más en las pasiones y en la exaltación de la belleza y los sentimientos.

La gran mayoría de las leyendas está ambientada en tiempos pasados, casi ninguna en la contemporaneidad del autor, prueba irrefutable de su tradicionalismo e interés por lo antiguo.

La estructura es similar en casi todas: Divididas en capítulos breves (excepto “El caudillo de las manos rojas” que está dividido en cantos). Casi siempre cuentan con una especie de introducción o prólogo al inicio y un epílogo al final, ambos narrados en primera persona, mientras que el resto suele ser en tercera.

Es común que haya dos niveles narrativos, una historia dentro de otra. Suele comenzar el narrador extradiegético haciendo un relato, donde introduce un personaje que a su vez se convierte en el narrador de otro suceso, de este modo ocurre en “La corza blanca”. En otras ocasiones el narrador da a entender que lo que contará ya se lo refirió a él antes otra persona. Esto da la impresión de que se trata de verdaderas leyendas que se transmiten de pueblo en pueblo y de generación en generación: le otorga credibilidad y verosimilitud.

Ya desde la Introducción de Leyendas se puede apreciar una prosa altamente poética, cuya línea continúa siguiendo el autor en cada una de las historias. Se puede encontrar, además, la misma musicalidad y ensoñación onírica presente en sus Rimas, pero creo que un poco más profundizadas y trabajadas, debido a la extensión permisible por el género, alejada de la brevedad que suele acompañar sus *Rimas*. Tal es el caso del siguiente fragmento: “*No quiero que al romperse este arpa vieja y cascada ya, se pierdan, a la vez que el instrumento, las ignoradas notas que contenía*”. El arpa vieja y olvidada es un motivo frecuente en ambos géneros becquerianos. En la rima VII lo aborda: “Del salón en el ángulo oscuro,/ de su dueño tal vez olvidada,/ silenciosa y cubierta de polvo/ veíase el arpa.”

Todos los temas tratados se relacionan entre sí, pero el tema becqueriano por excelencia no deja de ser el amor, con diferentes matices, desde luego, no importa si se trata de prosa o poesía. Está en primer lugar, el amor más allá y a pesar de la muerte, trascendente en historias como: “La promesa” y “La cueva de la mora”. Por otro lado, el amor trágico, por lo general el de un hombre que es llevado a la perdición -ya sea a la muerte o a la locura-, por una mujer o ente de sexo femenino, una suerte de femme fatale, solo que sin características físicas definidas (Leer “Los ojos verdes”, “La ajorca de oro”, “La corza blanca”.)

La muerte, otro tópico usual, también posee variantes. Una de las más comunes es la de esta como consecuencia de la transgresión de algún límite moral o natural, es decir, como un castigo por acciones negativas realizadas por el protagonista debido a que alguna “fuerza maligna” lo llevó a ello. Es perceptible en algunas de las Leyendas más célebres como “Los ojos verdes”, “La ajorca de oro”, “La corza blanca”, “La rosa de Pasión”, “El Beso”, “El Monte de las Ánimas”, “El gnomo”.

El arrepentimiento y la religión van de la mano, como es notorio en “Creed en Dios”, y “El miserere”. Se expone a la religión católica como el camino del bien y de la salvación con un evidente tono moral y edificante.

Uno de los procedimientos más empleados por Bécquer en su prosa es la descripción, a la cual recurre no solo para describir lugares, sino también sonidos, ya sean emitidos por algún instrumento musical o procedentes de un entorno rural o urbano. En algunas ocasiones, en sus leyendas más oscuras, emplea este recurso para provocar sensaciones de miedo y turbación en el lector, para situarlo en el ambiente, como se puede apreciar más de una vez en “El Monte de las Ánimas”, una de sus historias más icónicas:

Primero unas y luego las otras más cercanas, todas las puertas que daban paso a su habitación iban sonando por su orden, éstas con un ruido sordo y grave, aquéllas con un lamento largo y crispador. Después silencio, un silencio lleno de rumores extraños, el silencio de la media noche, con un

murmullo monótono de agua distante; lejanos ladridos de perros, voces confusas, palabras ininteligibles; ecos de pasos que van y vienen, crujir de ropas que se arrastran, suspiros que se ahogan, respiraciones fatigosas que casi se sienten, estremecimientos involuntarios que anuncian la presencia de algo que no se ve y cuya aproximación se nota no obstante en la oscuridad.

Son habituales, además, las descripciones arquitectónicas, sobre todo de construcciones religiosas: monasterios, catedrales, iglesias, lo cual alcanza su punto álgido en “El beso”, “La arquitectura árabe en Toledo”, “La mujer de piedra” y “Tres fechas”. Un fragmento harto ilustrativo en cuanto a dicha cuestión es el siguiente:

La iglesia era alta y oscura: formaban sus naves dos filas de pilares compuestos de columnas delgadas reunidas en un haz, que descansaban en una base ancha y octógona, y de cuya rica coronación de capiteles partían los arranques de las robustas ojivas. El altar mayor estaba colocado en el fondo, bajo una cúpula de estilo del Renacimiento cuajada de angelones con escudos, grifos, cuyos remates fingían profusas hojarascas, cornisas con molduras y florones dorados, y dibujos caprichosos y elegantes.

Esto, junto al escenario que habitualmente se describe, oscuro o vagamente iluminado por unas pocas velas, es propio de la novela gótica y, como ya mencioné es igualmente representativo en la prosa becqueriana.

Otro tipo de descripciones habituales son las de la naturaleza en todo su esplendor, siempre resaltando la belleza descomunal de los paisajes, españoles casi en su totalidad; característica romántica que recuerda a los poemas de John Keats. Por ejemplo, en “Los ojos verdes”:

Mira, la fuente brota escondida en el seno de una peña, y cae resbalándose gota a gota por entre las verdes y flotantes hojas de las plantas que crecen al borde de su cuna. Aquellas gotas que al desprenderse brillan como puntos de oro y suenan como las notas de un instrumento, se reúnen entre

los céspedes, y susurrando, con un ruido semejante al de las abejas que zumban en torno de las flores, se alejan por entre las arenas, y forman un cauce, y luchan con los obstáculos que se oponen a su camino, y se repliegan sobre sí mismas, y saltan, y huyen, y corren, unas veces con risa, otras con suspiros, hasta caer en un lago.

De lo que si no cabe duda es de que sus descripciones, sean de lo que sean, son siempre hermosas, detalladas y cargadas de lirismo, incluso cuando se trata de sitios más bien tenebrosos y lóbregos.

Los personajes de Bécquer no están desarrollados, a él no le interesa. La mujer casi siempre aparece como una criatura –humana o no- engañosa, traicionera, que quiere llevar al protagonista masculino a su perdición. Se presenta como una criatura maliciosa, demoníaca: en “Los ojos verdes”, el protagonista muere encantado por el espíritu femenino de la fuente de los Álamos; en “La ajorca de oro” la mujer es la causante de la locura del protagonista, pues hace que este robe la ajorca de la Virgen del Sagrario, lo cual provoca la locura del joven. Es usual que se le describa sin dar muchos detalles, se habla solo de una belleza impersonal e intangible, de apariencia atractiva y seductora; y como dice Rubén Benítez: “cuando la caracterización física está más particularizada es porque adquiere significado especial”.

En los masculinos es frecuente encontrarse con el cazador y el caballero que quebrantan los límites de la fe y desafían a Dios o a las fuerzas de la naturaleza, impulsados por ambición o seducidos por una fémina. Bécquer, como hombre católico se muestra en oposición a las acciones de dichos personajes, exponiendo siempre un mensaje crítico y moralizante.

THALIA GUERRA CARMENATE